

secreto, que nadie supo su resolución hasta después de haberla ejecutado irrevocablemente.

Fructuoso quiso pasar al oriente para huir de las distracciones y de las grandezas del siglo; mas el Rey se lo impidió. En fin, le hicieron obispo de Dumio y después de Braga, que solo dista tres millas; es decir á lo que parece, que recayeron ambos títulos en su persona y en la de sus sucesores. En el obispado no cesó de practicar la vida monástica; y con este objeto fundó entonces la abadía de Montel, situada entre Dumio y Braga. Conservamos la regla de este Santo, cuasi del todo semejante á la de San Benito, y compuesta determinadamente para el monasterio que intituló Compluto por estar dedicado á los Santos Justo y Pastor, mártires de esta ciudad, de la cual sin embargo está muy distante. Será muy fácil convencerse de la verdad del hecho por lo tocante á la emigración de familias enteras á los monasterios de San Fructuoso, atendiendo á que su regla contiene muchas reflexiones dictadas por la prudencia para los hombres y las mugeres y para los niños de diferentes edades (*).

88. Hemos visto que la disciplina eclesiástica y la cenobítica florecían así en Francia como en Germa-

(*) La portentosa vida de San Fructuoso, abad de Compluto, fundador de muchos é insignes monasterios, obispo de Dumio, y últimamente arzobispo de Braga, es tan admirable por las virtudes y prodigios de este gran Santo, que no es posible reducirla á los estrechos límites de una nota. Se halla muy bien escrita en diferentes autores nuestros, y tambien en el tomo 2.º de los Bolandistas, donde se podrá ver por estenso.

nia bajo el yugo en algun modo de los Príncipes franceses. Iban progresando en su carrera San Eloy de Noyon, y otros muchos dignos operarios de su tiempo; pero el Señor tenia dispuestos obreros aptos para dar cima á sus grandes empresas. Apenas entró Eloy en el obispado, dió un golpe mortal de acuerdo con San Ouen á la simonía, mónstruo desenfrenado que amenazaba á la nave de la fe con una ruina inevitable. Poco satisfecho con haberla cubierto de infamia en el tercer concilio de Chalons, al que concurrió por el año 644, persuadió todo su horror á la Reina Baticilda, cuyo poder era absoluto en el reino en el año 656, es decir, después de la muerte de su marido Clodoveo II, cuyos hijos eran de muy corta edad.

Reconocieron los franceses á su hijo primogénito por Rey de Neustria y de Borgoña, y luego de Austrasia; abandonando el gobierno de todos sus estados á la Reina madre con tal deferencia, que solo pudo tener principio en sus bellas cualidades personales y en sus virtudes (1). Habia entrado en Francia bajo el concepto de esclava, á pesar de correr por sus venas la sangre real de los anglo-sajones. Vendida á Erchinoaldo, gefe de palacio, se consideró feliz en ser admitida al servicio de su cuarto, y recibió á particular honor el servirle la copa. Siendo viudo Erchinoaldo quiso casarse con su cautiva, y ella se supo ocultar tan bien que fueron inútiles todas las pesquisas. Llevábala su inclinación á la soledad, y la Providencia la quería en el trono. Por último fue esposa del

(1) *Fredeg. Conc. 1. c. 93. Tom. 2. act. Bened. Vit. Stæ. Bátil.*

Rey; pero mas parecia una modesta religiosa que Soberana. Veneraba á los obispos como á sus padres: amaba á los pobres como á sus hijos, y solo la parecia amable su grandeza por la proporcion que la daba para hacer bien. Cuando se vió dueña absoluta de su reino, se dedicó principalmente á desterrar la simonía, y á dar fin á las exacciones bárbaras que reducian con frecuencia á los padres á vender sus propios hijos. Fundó los monasterios de Chelles y Corbia, que son de los mas famosos del mundo cristiano. En fin, declarado Rey de Austrasia su hijo segundo Childe-rico, y hallándose Clotario en edad de poder gobernar el resto de sus estados, se retiró á su monasterio de Chelles. Allí trocó la magestad de Soberana por la sencillez de una simple religiosa, se sometió como la última de las hermanas á la abadesa Bertilla, á quien ella misma habia sacado de la abadía de Jovarre: servia en la cocina y en todos los oficios mas despreciables, gozando de una felicidad infinitamente mas pura y mas real que cuantas habia experimentado en medio de las grandezas y homenages de la corte: nada hubiera faltado á su dicha si los Reyes sus hijos, poco dignos de una madre verdaderamente grande, y la muger fuerte de su tiempo, abandonando las riendas del imperio á los gefes del palacio, y no dejando á su posteridad mas que el nombre de Reyes ociosos, no hubiesen ocasionado en todas las clases del estado unos movimientos ruinosos, cuyas funestas repercusiones affligieron demasadamente á la Iglesia.

89. Reinaba todavía Batilda cuando murió San

Eloy en el año 659, y segun se cree, en el primer dia de Diciembre, el mismo en que la Iglesia celebra su memoria (1). Luego que tuvo noticia de su enfermedad partió de París con toda diligencia, acompañada de sus hijos y de una corte numerosa; pero no llegó hasta algunas horas despues que el Santo hubo entregado su alma al Criador. Inconsolable por no haber podido recoger sus últimas palabras, se postró cerca del cadáver y le regó con un torrente de lágrimas. Pidió que fuese llevado á su abadía de Chelles: muchos señores por su parte le pidieron para la capital, creyendo que ella sola era digna de poseer reliquias tan preciosas. El tercer partido, y el que salió con su empeño fue el pueblo de Noyon, que se manifestó dispuesto á cualquier empresa para conseguir su fin; y sintió tanto la pérdida de un pastor, ó por mejor decir, de un padre tan querido, que se creyó llegaría al estremo la desesperacion de los huérfanos.

90. San Ouen nos ha transmitido en la vida de su amigo el compendio inestimable de la doctrina verdaderamente evangélica, que Eloy enseñó de viva voz con tanta perseverancia y tanto fruto. Presenta en ella las principales obligaciones del cristiano en estilo sencillo, pero penetrante, tierno y paternal, que conserva toda la impresion del sentimiento y la amable franqueza ó ingenuidad de nuestros padres. Las homilias atribuidas á San Eloy, y que no son tan auténticas como su doctrina, no dejan de contener es-

(1) *S. Aud. lib. 2. Vit. cap. 33.*

celentes noticias de la primitiva disciplina, y tambien rasgos sobresalientes y patéticos, que no desdeñará en tiempo alguno la verdadera elocuencia. Se advierte que habia leído mucho los sermones de San Cesario de Arlés, compuestos en efecto para la comodidad de los obispos, y de cuyas fuentes su modestia sencilla no tenia dificultad en beber. Se alaban tambien muchos monumentos del arte ó profesion de San Eloy, como las urnas de San German de París, de Santa Genoveva, de San Severino, de San Quintin de Vermandois, y sobre todas la de San Dionisio apóstol de la nacion, y la del gran San Martin. Por esta razon la Reina Batilda empleó toda su magnificencia en adornar el sepulcro de un Santo que tanto se habia esmerado en dar iguales honores á otros. Hizo en vida muchos milagros, y no fueron menos despues de su muerte.

91. Bajo la proteccion de la santa Reina continuaron multiplicándose los asilos de la piedad (1). Vaningo, que era uno de los caballeros mas ilustres de la corte, donde gozaba de toda la confianza debida á sus virtudes, fundó durante su gobierno del pais de Caux, el monasterio de Fecamp que fue al principio una comunidad de monjas. Ebroino, muy diferente de Vaningo, y que no tardó en darse á conocer por el mas perverso de su tiempo, hombre sin principios ni carácter, caprichoso, colérico, pero intrigante y faláz, tuvo arte para hacer que le confiriesen la dignidad de gefe de palacio despues de la muerte

(1) *Act. Bened. tom. 2. passim.*

de Erchinoaldo. Este malvado no dejó de acomodarse en ciertas cosas á la devocion del tiempo. Estableció é hizo muy floreciente mediante los desvelos de San Drausino, obispo de Soissons, la abadía de nuestra Señora de esta ciudad.

92. Fundáronse tambien entonces la famosa abadía de Lobbes del Sambra, y otras tres menos considerables por San Landelino. La de Haumont por un caballero llamado Maldegar, que tomó en ella el hábito: la de Mons, que dió principio á la ciudad de este nombre, por Valdetruda, muger de Maldegar y parienta del Rey: la de Maubeuge por su hermana Santa Aldegunda: la de San José en el Ponthieu por San Judoc, vulgarmente Josef, hermano de Judicael, Rey de la pequeña Bretaña, el cual retirándose á la soledad no pudo inclinar á Judoc á que tomase la corona: la de San Fiacro en la diócesis de Meaux por un Santo irlandés del mismo nombre; y otras infinitas que podrian formar una larga historia.

93. Vióse una multitud de santos obispos dejar el obispado por la austeridad humilde de los claustros: tales fueron San Gomberto, arzobispo de Sens, que con el título de su patria fundó la abadía de Senones en las montañas de los vosgas: San Adeodato de Nevers, fundador de San Die: San Hidulfo, de origen bárbaro, el cual despues de haber sido discípulo del abad Adeodato, vino á ser su sucesor, y luego arzobispo de Tréveris, de donde volvió al desierto de los vosgas y fundó el monasterio de Moyon-Moutier; y San Claudio, arzobispo de Besanzon, el cual re-



tirado al monasterio de Condat hizo tan célebre su persona y su retiro, que perpetuó su nombre en el de la abadía, y esta llegó á ser ciudad episcopal.

94. Esta reputacion tan esclarecida de la vida cenobítica la adquirió raros privilegios. Lerins, Agauno, Luxeu, San Dionisio, San German de París, San Martin de Tours, San Medardo de Soissons, Corbia y otros muchos entraron á la parte en estas inmunidades. Reyes y grandes, obispos y Sumos Pontífices, todos concurrieron á porfía á señalar su liberalidad en lo que consideraban como un medio propio para servir al Señor de un modo mas libre y mas perfecto. En fin, estas esenciones tomaron un semblante tan respetable que llenaron una parte de la obra, mirada entonces como muy interesante, y conocida con el título de Fórmulas de Marculfo.

El privilegio concedido á San Dionisio, que trae este monge erudito y contemporáneo, conviene perfectamente con el original que conserva la abadía y está escrito en papiro (1). Los caractéres, la ortografía, el estilo, todo prueba igualmente la autenticidad de este documento y la barbarie del siglo. El Rey Clodoveo II declara en él que Landri, obispo de París, ha concedido un privilegio á este monasterio á fin de que los monges oren con mas quietud: que prohibe en consecuencia á todos los obispos y á cualquiera otra persona el que puedan disminuir las rentas ó criados del monasterio, aunque sea á título de cambio, á no preceder el consentimiento de la co-

(1) *Mabill. dipl. lib. 1. tit. 6. num. 7.*

munidad y el permiso del Rey, ni llevarse los cálices, las cruces, los ornamentos del altar, los libros y otros muebles, ó trasladarlos á la ciudad. Les impone como carga la obligacion de la salmodia perpetua, debiéndola celebrar noche y dia segun estaba establecida desde el tiempo del Rey Dagoberto, y segun era costumbre en el monasterio de Agauno. El privilegio está firmado del Rey, y de su refrendario ó cancelario, y de veinticuatro obispos reunidos con este objeto en concilio.

Marculfo aun recuerda otro privilegio mas amplio, que otorgó á un monasterio el obispo diocesano, ofreciendo en él dar las órdenes á los sugetos que el abad y comunidad le indicasen aptos para egercer sus funciones en el monasterio. Del mismo modo ofrece bendecir en él un altar, remitir todos los años el santo crisma á los monges si lo pidiesen, y darles por abad al que mereciese su eleccion, todo gratuitamente. Dice á mas, que el obispo, los arcedianos, y los demás administradores de la iglesia carecerian de toda potestad en el monasterio, y en los bienes que le perteneciesen, muebles ó inmuebles, y en las ofrendas del altar: que el obispo no entraria en el monasterio á no ser á peticion del abad y de los monges, y en tal caso solo para hacer oracion, y despues de acabados los santos misterios se retiraria para no alterar la quietud de la comunidad; que los monges serian corregidos conforme á la regla por el abad solamente si pudiese verificarlo por sí mismo, y debiendo recibir los ausilios del obispo solamente en caso necesario. Obser-

vamos aquí que estos privilegios no tanto se encaminan á eximir á los monges de la jurisdiccion episcopal, quanto á defenderlos de la inesperienza de algunos obispos poco impuestos en el conocimiento de la vida interior, ó por mejor decir, del riesgo de abrazar las máximas y los egemplos de los prelados viciosos que desgraciadamente principiaban ya á no ser raros en la Iglesia: este es no obstante el origen de las esenciones en general. Encontramos tambien en la vida de San Bertulfo, abad de Bobio, un privilegio que obtuvo del Papa Honorio, á fin de que ningun obispo tuviese autoridad alguna en aquel monasterio.

No puede menos de merecer nuestra atencion lo que añade Marculfo con relacion á las instituciones ó elecciones de los obispos. Dice que intervenian para esto tres actos diferentes: los dos primeros para significar el beneplácito ó la presentacion del Rey con consentimiento y por medio de los obispos, y el tercero para declarar la aceptacion y el consentimiento del pueblo. Denotaba el Rey en verdad su deseo con la espresion de orden ó precepto; mas los deseos de estos Príncipes establecidos por el derecho de conquista, y siempre celosos de dominar militarmente, equivalian por lo comun á un mandato absoluto. Nos han quedado por otra parte de este tiempo una multitud de decretos escritos en concilio y confirmados por varias ordenanzas de los Reyes en favor de las elecciones, cuya libertad habitual acreditan (1).

95. Uno de los prelados que defendieron con el

(1) *Id. ibid. lib. 1. cap. 3. num. 6. et 7.*

éxito mas feliz los derechos y la gloria de la Iglesia, fue San Legerio de Autun (1). Brillaban en su persona todas las cualidades propias para este desempeño, entre las que ocupaba el primer lugar la prudencia para hacer reinar entre el sacerdocio y el imperio aquella buena inteligencia que conservaron tan perfectamente los prelados mas virtuosos y mas iustruidos de todos los siglos. Era su nobleza de las principales del reino: y se habia familiarizado con las costumbres del mundo y de la corte en la que le colocaron sus padres desde su infancia. Era alto por otra parte, bien formado, discreto, elocuente, y sobre todo tan apacible y modesto en sus costumbres, que arrebatava la voluntad de cuantos le trataban. No eran inferiores á sus cualidades naturales la pureza de sus costumbres, su piedad y madurez; y estos frutos de bendiccion fueron tan abundantes, que apenas habia llegado á la edad de veinte años cuando su tio Didon, obispo de Poitiers, que le educó en las letras, le fió el principal cargo de todos los negocios de su diócesis con gran satisfaccion y edificacion universal. Consiguio Legerio tanta opinion, que poco tiempo despues le dieron el gobierno de la abadia de San Maixant. Vacando despues el obispado de Autun, (dignidad que por lograrla osó la codicia de los pretendientes verter sangre con gran desorden y escándalo) no encontraron otro mas capáz que Legerio para estinguir la division y consolar á esta iglesia, que recobró en efecto dentro de breve tiempo to-

(1) *Act. Bened. tom. 2. pag. 681.*

do el esplendor que habia gozado en los dias de sus mas ilustres prelados.

La gobernó con una paz profunda en medio de las agitaciones del estado que le precipitaron en una infinidad de disgustos interminables, los que despues de mil tormentos le produjeron una muerte llamada justamente martirio, pues tuvo principio en una de las virtudes mas indispensables, á saber, la fidelidad á su Príncipe. Muerto el jóven Monarca Clotario III en el año 670, su hermano Childerico II, que ya reinaba en Austrasia, fue reconocido por todos los grandes como único Rey de Francia. Tierri, el segundo de sus hermanos á quien habia elevado ya Ebroino al trono de Neustria y de Borgoña, y que por su adhesion á las máximas tiránicas de aquel hombre avaro y cruel fue despues tan odioso, sufrió un encierro en el monasterio de San Dionisio, despues de haberle cortado el cabello y la barba. Hubiera perdido la vida Ebroino á no haber mediado el poder de San Legerio, quien olvidó la enemistad manifiesta que contra él habia profesado aquel hombre perverso por el solo hecho de reprender sus injusticias. Concediéronle la vida: se hizo cortar el cabello y tomó el hábito de monge en Luxeu. Habiendo perdido tres años despues San Legerio la gracia del Rey Childerico á quien tan fielmente habia servido, y buscado un refugio en la misma abadía en que estaba Ebroino, vivieron juntos como si nunca se hubiesen separado. No correspondió el jóven Monarca á las bellas esperanzas que ofrecia mientras permaneció dócil á

la voz de Legerio, y se abandonó á los consejos de algunos lisongeros envidiosos, declarándose por grados contra el santo obispo, cuyo celo no cesaba de enseñarle el camino de la virtud. Mostróse este odio concentrado y largo tiempo oculto de un modo bastante favorable al honor del Monarca, en una disputa que sobrevino entre Legerio y Prejet de Clermont, dotados uno y otro de las virtudes que forman á los Santos y que no son contrarias á la diversidad de sentimientos y de pareceres. En el año 674 pereció Childerico, poco despues de haber fallado en favor del obispo de Clermont que, en los desórdenes causados por el asesinato de este Príncipe, logró con San Amarino abad una muerte calificada por los autores contemporáneos de martirio, como padecida con resignacion en favor de la justicia: es aun mas conocido con el nombre de San Prix.

96. Padeció tambien bastante en esta revolucion San Lamberto, obispo de Mastrich (1). Disfrutaba de gran crédito con el Rey Childerico, y le arrojaron de su silla despues de la muerte de este Príncipe. Retiróse al monasterio de Stavelo, donde se sujetó como el último de sus hermanos á todos los egercicios monásticos. En cuanto á San Legerio, le restablecieron con honor en su iglesia de Autun; mas Ebroino que salió al mismo tiempo de Luxeu sin desamparar todavia el hábito de monge, se halló en el mismo camino con el santo obispo. Duraba en toda su fuerza su odio irreconciliable y disimulado, á

(1) *Act. Bened. tom. 2. pag. 681.*

pesar de sus propias desgracias y de los procedimientos generosos de su bienhechor. Egecutara entonces sus pérfidos designios, á no oponerse San Ginés, arzobispo de Leon, que sobrevino á la sazón con un cuerpo de gente armada. Aquí advertimos que los obispos mas virtuosos no solo tomaban parte en los negocios públicos, sino tambien que en tiempo de guerra asalariaban tropas y partian á su frente como los demás señores. Tuvo Ebroino por conveniente seguir disimulando y aguardar ocasion mas oportuna para su venganza. Irritóse este furioso sobre manera, luego que supo la exaltacion de Leudesio, hijo del gefe de palacio Erchinoaldo, á la dignidad que tan sabiamente habia obtenido su padre.

Abandonó el Rey Tierri, á la nueva de la muerte de Childerico, el monasterio de San Dionisio y subió al trono de Neustria, al propio tiempo que en Austrasia llamaban á Sigeberto hijo de Dogaberto, refugiado en Irlanda. San Legerio que solo reconocia en los Príncipes puestos por Dios el poder de Dios mismo, conservó á Tierri la fidelidad que habia guardado de un modo inviolable hasta la muerte á Childerico su hermano. No era posible tratar con Legerio sin concederle una entera confianza. Debióse á sus consejos que el nuevo Monarca nombrase á Leudesio gefe de su palacio: lo que llegó á noticia del cruel Ebroino. Entonces arrojó la máscara y demostró el verdadero principio que le habia incitado á fingirse adicto al mismo Tierri. Desnudóse el hábito de monge, volvió á unirse con su muger, re-

unió tropa, marchó contra el Príncipe é hizo comparecer á un hijo supuesto de Clotario III con el designio aparente de coronarle: y al mismo tiempo mandó asesinar á Leudesio en una conferencia. Destruído su rival, asestó todo su furor contra aquel que le habia encumbrado; y viéndose precisado á volver á Neustria, encargó la venganza á Vaimer duque de Champaña. Hallábase pronto el pueblo de Autun, que amaba tiernamente á su pastor, á oponer la mas vigorosa defensa. Mas el Santo, seguro de que solo se dirigian contra su persona, y representándosele con horror los extremos á que espondría á los ciudadanos á quienes miraba como á sus hijos, tomó en secreto sus medidas, y buscando ocasion oportuna se entregó á sí mismo.

Al punto le sacaron los ojos, sufriendo este martirio con inalterable firmeza, sin consentir que le atasen las manos, sin exhalar el menor suspiro, sin proferir una palabra y sin hacer un movimiento que pudiese impedir la ejecucion á sus verdugos. Vaimer contento con la presa, le condujo á Champaña, arrebatando antes toda la plata de la Iglesia de Autun, y sacando algunas contribuciones de la ciudad. Habia dispuesto Ebroino que condujesen á Legerio á lo mas espeso de un bosque, y que allí le abandonasen para que muriese de hambre, haciendo cundir luego la voz de que se habia ahogado. Padeció en efecto el santo obispo mucha necesidad; pero los corazones mas duros con dificultad resisten á sus propios sentimientos. El duque movido á compasion, le